

desastre de Varennes y que más tarde quiso conducirlo al castillo de Rambouillet, en daño de la Constitución y de la Cámara; el sistema corruptor empleado en Mirabeau y en todos cuantos imaginaba su desvarío corruptibles; el armario de hierro y los papeles en ese armario encontrados; diciendo así negativas, las cuales, sin servir gran cosa para la conservación de su vida, le menguaban y hasta le destruían su honra. En toda la pasión de su proceso, en todo el transcurso de su causa, de su sentencia, de su muerte, no hay más instante de verdadera debilidad, que este horrible instante de sus respuestas á las acusaciones convencionales, cuyos efectos le deslustraron y le malhirieron mucho. Luis no parecía un Monarca injustamente llevado á presencia de tribunal parcialísimo y contrario, parecía un escolar dando excusas á sus maestros, por miedo de las disciplinas y de las palmetas.

Tras largas horas de sesión, acabó ésta, en cuanto se acabó el interrogatorio, y dió Luis XVI por concluidas sus contestaciones. Barrere le dijo en seco: «Salid», sin miramiento alguno. Y salió Luis. Lo extenso del interrogatorio, lo vivo muchas veces de las respuestas; tantas emociones como tantos recuerdos; el ojo de la Convención fiscalizadora puesto sobre su frente, como un ojo de cíclope siniestro; la carencia completa del hábito de hablar en público; el esfuerzo de su entendimiento y de su corazón, para remediar este defecto, abrumaron por tal modo al Rey, que parecía próximo á desmayarse ó á morir, al dejar el horrible tribunal, donde padeciera tan inverosímil tortura. El alcalde, viéndolo de aquella suerte, le invitó á tomar un bocado, como quien dice, un tenteempié, para que no se desmayase de ayuno y se cayera en tierra. Mas Luis XVI, recordando lo mucho que le dieran en cara con la gallina que se comió la mañana del diez de Agosto en el refugio de su tribuna, rehusó todo manjar con porfiada insistencia. Entonces le ofreció Chambon un refresco, pero ni refrescar quiso el cuitado. Mas, en esto, gallardo granadero sacó de su correspondiente zurrón un pan tierno y blanco y se lo dió al síndico Chaumette, quien se caía de mal alimentado y ayuno. Al ver el pan, Luis no pudo por más tiempo refrenar su apetito, y le pidió un pedazo á Chaumette. «Comida espartana, dijo éste al dar á Luis el bocado pedido, sólo siento no tener un racimo de uvas, con que pudierais acompañar ese pan.» Comiéndolo con verdadero apetito, salió Luis del salón de conferencias al patio de los Fuldenses. En este patio se hallaba reunida una gran multitud, compuesta por los pilluelos que frecuentan el jardín de las Tullerías y por los revendedores que venden y compran en los mercados próximos; multitud, irreverente y cruel; sin entrañas, en presencia de tan grande infortunio, provocador natural á grandes compasiones; entonó con furia, en estruendo muy horrible, los versos más exagerados de la Marsellesa, con especial aquellos, en que los pueblos dicen desear la sangre impura de los reyes, para enrojecer los surcos de sus campos. Con una serenidad admirable Luis XVI hizo como si tales versos no llegasen á sus oídos, ni los gestos irreverentes á sus ojos; tomó

asiento en el coche y continuó comiendo su pan. A los pocos minutos, como hubiera satisfecho el apetito con la corteza del bocado que le diera Chaumette, quedóle la miga en las manos, y no sabiendo qué hacer con ella, la entregó al síndico. Este la cogió, echándola por la ventanilla del coche. Al ver tal acción Luis, le reconvino; y le observó que no debía deshacerse uno del pan echándolo por tierra, y menos, mucho menos, en aquellos días tan escasos de harina y trigo hasta entre los poderosos. Chaumette preguntó á Luis XVI, cómo sabía que los trigos y harinas escaseaban. «Lo sé, respondió el Monarca, porque todo el pan que me traen al Temple, huele y sabe un poco á tierra.» Chaumette no respondió al concepto que acababa de decir el Rey; mas, á los pocos minutos de haber expresado Luis este concepto, le dijo: «Mi abuela decíame á la continua, que los muchachos no pueden tirar por el suelo una migaja de pan, cuando no pueden ni hacer ni rehacer esa migaja.» «Señor Chaumette, dijo entonces Luis XVI, vuestra abuela fué, según lo que decís, una señora de muy bueno y muy claro sentido.» Terminó aquí el coloquio de este respecto; y continuó la berlina rodando. El síndico se hundió en su asiento; y comenzó á dar muestras en la palidez de su rostro, y en la dificultad de la respiración, del desmayo que le había ya inspirado varias quejas en los Fuldenses. Luis XVI le acorrió durante aquel trance con toda solicitud, enjugándole con su pañuelo el rostro y diciéndole palabras de confortación y de consuelo. Chaumette hizo cuanto pudo para conjurar tamaño accidente y esconder al público esta extraña incidencia. El Rey le observó como acaso le hiciera mal el movimiento de la berlina, pues produce á muchos algo de mareo. El síndico le respondió como extrañaba el marearse ahora en tierra, cuando nunca se había mareado en mar. «¿Pues qué, preguntó el Rey, habéis pertenecido á la Marina?» «Ciertamente, respondió Chaumette, y he peleado á las órdenes, en varias guerras, de Lamotte-Piquet.» «¿Lamotte-Piquet?, preguntó el Rey. Pues habéis peleado, señor Chaumette, á las órdenes de un hombre de bien.» Y diciendo esto, surgió á su vista el acto más hermoso de su juventud, el día en que, recién subido al trono, fué, rodeado con todos los esplendores de la raleza tradicional, á inaugurar el puerto de Cherburgo.

¡Cuál diferencia entre la fecha evocada por Chumette y el once de Diciembre del año mil setecientos noventa y dos! Antes, la majestad real en todo su esplendor; ahora, la majestad real en su ocaso; antes, los cañones de las radas y puertos despidiendo salvas y realzando la persona real, ahora los cañones cargados hasta la boca y vueltos contra el Rey, para mejor asegurar su triste cautividad; antes, vestiduras magníficas, el uniforme de almirante, púrpura y grana y oro con la banda de San Luis y las insignias del Espíritu-Santo; ahora, un traje que parecía desechado de otro cuerpo y adquirido en una prendería, sin ajustarse bien al cuerpo que lo llevaba; idólatras besamanos antes, y ahora puños crispados y rostros enardecidos por las cóleras revolucionarias y por los efectos republicanos; en el gran día de Cherburgo las olas azules mecidas por las frescas brisas, los gallarde-

tes multicolores ondeando por todas partes, las músicas y orquestas componiendo regocijados himnos, como si el Rey fuera un Dios, mientras ahora, barro en las calles, nubes y lluvia en los aires, sepulcral silencio en los pechos, dolores siniestros en todas partes, un coche parecido á un carro fúnebre, un Rey parecido á mísero cadáver. Lívido; de una palidez carcelaria; con el triste y humilde aspecto que prestan á los prisioneros las prisiones; lleno de una grasa que iba descendiendo y enjugándose por momentos; mal peinado el cabello; una barba de tres días; el hambre de un prolongado ayuno pintada en el rostro; los más acerbos martirios reflejado en la mirada; el pobre Luis XVI parecía no vivir ya para el mundo y dispuesto á la muerte, al sepelio y al olvido. Sin embargo, sacaba fuerzas de flaqueza, y decía todo cuanto le pasaba por el magín de los sitios que iba el cuitado atravesando. Su memoria no le flaqueó, no le marró un minuto. Cada rótulo de calle que veía, dábale ocasión á un comentario más ó menos baladí; pero, al cabo comentario, demostrativo de las muchas reminiscencias despertadas por todos los objetos en su ánimo y en su espíritu. Mientras al salir, se traslucieron algunas amenazas, y en todo el trayecto, desde los castillos del Temple á los salones de la Convención, se movió algún proceloso ruido á la vuelta, exceptuando los irreverentes cánticos entonados en el vestíbulo de los Fuldenses, no se notó más que un caritativo silencio. La piedad colectiva se impuso á la larga; pero se impuso á la postre. Chaumette mismo la compartió mal de su grado con aquella multitud. Así, el periódico suyo, publicado aquella misma tarde, la dejó traslucir en varios meditados sueltos, y en artículos sugeridos por una honda conmiseración moral. Bajo tal sentimiento, Chaumette criticó, clemente, la crueldad de un comisario comunero, capaz de decir gracias y alardear de ingenioso, á expensas de un desgraciado como el Rey, cuando acababa de ser puesto en juicio, para inferirle una capital sentencia. La misma comunidad revolucionaria, en que desempeñaba el cargo de síndico, no se preservó de sus censuras. Aquel terrible decreto, disponiendo la separación entre Luis y su hijo, le sugirió acres comentarios. «¡Cuán fácil, decía, conciliar los derechos de la justicia con los sentimientos de la humanidad! Procedemos respecto de los cautivos tan mal, que acabarán por excitar la compasión pública.» Por fin, Luis llegó al Temple sin que le faltara un momento el ánimo, preparado á devorar todas las amarguras y á recibir todos los martirios. Nadie le aguardaba de su familia en el calabozo donde le encerraron. Y, como nadie le aguardaba, Luis comenzó en aquel momento por leer la *Imitación de Jesucristo*, y concluyó por meditar sobre la vida de Carlos I. Esta meditación debió decirle que para los Reyes condenados por el cielo á destronamiento y á muerte, los más opuestos caminos conducen hasta una igual perdición. Carlos I supo resistir, al revés de Luis XVI, que sólo supo ceder; é idénticamente descalabrados salieron uno y otro de sus resistencias y de sus concesiones. Carlos I había sido educado en la doctrina del derecho divino por su padre, Jacobo Estuardo; mientras Luis XVI había sido educado en una especie de filosofía humanitaria,

cultivada y extendida mucho, merced á la indiferencia por todo lo espiritual, de su abuelo, el malvado Luis XV. Sin embargo, la teología de Jacobo y la enciclopedia de Luis, dieron los mismos venenosos frutos á los sendos herederos de tan poderosos Monarcas. Luis XVI reunió cuantas asambleas tuvo á mano en Francia, los viejos parlamentos, los anticuadísimos notables, los temerosos Estados Generales, para buscar sus consentimientos respectivos en la imposición de los tributos; mientras Carlos I sacaba cuantos tributos quería, sin venia del Parlamento, de cuyo consejo y de cuyo voto prescindió doce consecutivos años. Y los llamamientos continuos de Cámaras varias dieron al uno el mismo resultado que al otro la repulsión del Parlamento: deposición y muerte. Al ver esto, evocamos Job, Prometeo, Edipo, Hamlet, Segismundo, mil personajes históricos, ó ficticios, para decir en su imaginaria presencia: ¡oh fatalidad!